ANTONIO MACHADO Y EL PAISAJE SORIANO

Por *Rodrigo A. MOLINA*

"Cinco años en la tierra de Soria... orientaron mis ojos a lo esencial castellano".

En Londres, en una residencia universitaria, mirando a la lluvia que cae sobre el jardín, quiero recordar mi viaje a Soria, ciudad donde Antonio Machado vivió días felices, los más felices tal vez de su vida.

He hecho el camino del poeta en el mes de agosto, al cumplirse el quincuagesimoprimer aniversario de la muerte de Leonor.[1] He subido la cuesta que separa a Soria del Espino, el alto monte donde descansan sus restos. Escoltado por el sepulturero, he meditado con emoción unos breves momentos al pie de la lápida que cubre aquella llamita de vida que condicionó toda la de nuestro poeta. Al dejar el lugar, me he parado ante el olmo seco en cuya rama verdecida vio él la promesa de un nuevo día. Desde allí he descendido sobre la la curva del Duero para contemplar las cosas —las causas—, la tierra soriana. He advertido —no es muy difícil advertirlo— que aquel paisaje no es conducente a la idealización; no es idílico ni sentimental; es más bien austero, castellano. Predominan en él la soledad y el silencio, silencio que el rumor de las aguas parece aumentar.

Para mejor ver el río, he subido hasta un recodo desde donde no puede divisarse la ciudad. Enfrente, las ruinas de un castillo; más cerca, los chopos cuyas hojas se mueven débilmente. ¿Y esta naturaleza —me pregunto— ha inspirado los poemas que tanto conmueven? ¿Cómo pudo ver el poeta todo aquello vestido de luz y

1 Murió el día 1º de agosto de 1912.

de gracia? ¿Qué hay en los poemas para que al leerlos nos quememos de amor?

Voy a referirme a los poemas IX, XCVIII y CII. El primero y el tercero tienen el mismo título, "Orillas del Duero"; el segundo, XCVIII, "A orillas del Duero", abarca más, como indica la preposición *a*. El hecho de que tres poemas no sólo traten del mismo tema, sino que tengan casi hasta el mismo título, me ha convencido de lo que hacía tiempo venía pensando. La poesía machadiana referente a Castilla supone muchos paseos, mucho ir y venir[2] para grabar en su mente los pormenores de las visiones sorianas. Estas dejaron un pozo en que su espíritu se goza y se deleita. En la soledad y silencio de una ciudad provinciana sorprende el poeta las cosas:

Orillas del Duero

Se ha asomado una cigüeña a lo alto del campanario.
Girando en torno a la torre y al caserón solitario,
ya las golondrinas chillan. Pasaron del blanco invierno
de nevascas y ventiscas los crudos soplos de infierno.
Es una tibia mañana.
El sol calienta un poquito la pobre tierra soriana.

Pasados los verdes pinos,
casi azules, primavera
se ve brotar en los finos
chopos de la carretera
y del río. El Duero corre, terso y mudo, mansamente.
El campo parece, más que joven, adolescente.

Entre las hierbas alguna humilde flor ha nacido,
azul o blanca. ¡Belleza del campo apenas florido,
y mística primavera!

Chopos del camino blanco, álamos de la ribera,
espuma de la montaña

2 Rubén Darío lo presenta
Misterioso y silencioso
iba una y otra vez...

ante la azul lejanía,
sol del día, claro día!
¡Hermosa tierra de España!

(*Soledades*, IX)

Sin entrar en la distracción del poeta que describe a las golondrinas chillando y que, dantescamente,[3] compara el blanco invierno con el infierno, cosa poco frecuente, *la tibia mañana*, el sol calienta un *poquito* la *pobre* tierra soriana, los *finos* chopos. El Duero que discurre *mansamente;* el campo, *más que joven, adolescente*. La *humilde flor, azul o blanca*. Todas las cosas —bien pocas— se le han grabado en el corazón hasta tal extremo que el resto es sólo exclamación:

¡Belleza del campo apenas florido,
y mística primavera!

Y en una mirada mística envuelve el resto del paisaje, la claridad del día, la espuma de la montaña, el sol del día, para recogerlo todo en síntesis: ¡Hermosa tierra de España!

En el segundo poema, XCVIII "A orillas del Duero", describe con ritmo lento y con delectación morosa su subida a los cerros "que hacen de Soria una barbacana, hacia Aragón...". Es en el mes de julio y camina lentamente:

. . . . . .
A trechos me paraba para enjugar mi frente
y dar algún respiro al pecho jadeante;
o bien, ahincando el paso, el cuerpo hacia adelante
y hacia la mano diestra vencido y apoyado
en un bastón, a guisa de pastoril cayado.
trepaba por los cerros que habitan las rapaces
aves de altura, hollando las hierbas montaraces
de fuerte olor —romero, tomillo, salvia, espliego—.
. . . . . .

(*Campos de Castilla*, XCVIII)

[3] En el *Infierno*, como en el Evangelio, los condenados sufren las penas del fuego y del hielo.

Los elementos del paisaje destacan por su modestia, el romero, tomillo, salvia y espliego.

¿De qué secreto manantial brota la reflexión, la sensibilidad, la observación minuciosa, la dulce melancolía? Es evidente que de la disciplina de escuela, de la Institución Libre de Enseñanza, que le enseñó a buscar el latir encantador de las cosas pequeñas, y a desear que el vivir español adquiriera un ritmo más acelerado. La admiración y el amor objetivado de las cosas, que le fueron inculcados tempranamente por sus maestros, están presentes en el poeta. Los paseos y viajes, parte importante de la formación institucionista, le llevaron sin duda hacia el fondo de sí mismo. Allí, como en un espejo, se reflejaron en añoranza las plantas humildes y las cosas presentes, trasunto del pasado de su patria. Y de la admiración de las cosas ¿no nacería en él la vocación de comunicarnos lo que sentía su espíritu ante ellas? En un ambiente de recogimiento y austeridad abre Machado su alma al medio que le rodea y se le adentra en ella la hermosura del campo castellano. Una voluntad y un instinto parecen dirigirle hacia algo superior. Nos lo imaginamos como lo viera Juan Ramón Jiménez, esforzándose para no pisar las hierbecillas del camino, parándose a contemplarlas, y hasta aspirando el aroma que penetra e impregna las células más profundas de su sensibilidad.

Sobre la mediocridad del panorama soriano, Machado concentra su mirada y tiene un grito de rebeldía:

. . . . . .

Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.
¿Espera, duerme o sueña? ¿La sangre derramada
recuerda, cuando tuvo la fiebre de la espada?
Todo se mueve, fluye, discurre, corre o gira;
cambian la mar y el monte y el ojo que los mira.
¿Pasó? Sobre sus campos aun el fantasma yerra
de un pueblo que ponía a Dios sobre la guerra.

. . . . . .

(*Id.*, XCVIII)

Su espíritu persiste sin embargo en lo analítico, en lo institucionalista, en su apego a lo real, en ver por su propios ojos todo el paisaje. Esto dará un carácter especial a sus poemas sorianos:

El sol va declinando. De la ciudad lejana
me llega un armonioso tañido de campana
—ya irán a su rosario las enlutadas viejas—.
De entre las peñas salen dos lindas comadrejas:
me miran y se alejan, huyendo, y aparecen
de nuevo, ¡tan curiosas!... Los campos se oscurecen.
. . . . . .

(Id)

Paul Tillich ha dicho que el símbolo es una espada de dos filos: uno hiere en la realidad, el otro en el alma. ¿No se encontrará aquí tal vez el secreto de la poesía de Antonio Machado? Examinemos otro de los poemas que nos hemos propuesto citar. Es el CII de *Campos de Castilla:*

¡Primavera soriana, primavera
humilde, como el sueño de un bendito,
de un pobre caminante que durmiera
de cansancio en un páramo infinito!

No voy a citar todo el poema; baste decir que está estructurado en cuartetas endecasílabas aconsonantadas y que hay estrofas con heptasílabos intercalados. Hay también cuatro estrofas con estructura completamente distinta. De las once estrofas, cinco tienen forma exclamativa; la última es una interrogante. El atractivo de estos versos proviene del movimiento que tiene que hacer la mente para aprehender la fusión de los contrarios. La primavera es humilde, pero como el sueño de un bendito; el campo es amarillento, como tosco sayal de campesina; los pegujales son diminutos, la tierra dura y fría, pero en ellos apuntan los trigales que el pan moreno darán un día. Después, rocas, tierra ingrata, pero mía —dice con apasionamiento. Y desde aquí todo se hace más intenso:

¡Oh tierra ingrata y fuerte, tierra mía!
Castilla, tus decrépitas ciudades!

La agria melancolía
que puebla tus sombrías soledades!

¡Castilla varonil, adusta tierra,
Castilla del desdén contra la suerte,
Castilla del dolor y de la guerra,
tierra inmortal, Castilla de la muerte!

El lector queda aprisionado, alucinado ante el contraste entre inmortal y muerte. Su alucinación sube de punto cuando nota que el motivo que impele al poeta a hacer esas exclamaciones condenatorias es su amor a España.

He aquí, en mi opinión, uno de los secretos de la poesía machadiana: el predominio del elemento afectivo, voluntarista. Hay en esto afinidad con el arte franciscano. En ambos el contorno es pobre: las cosas son humildes, la hierba diminuta, la tierra modesta, pero todo está visto a través de un amor profundo. Esas pobres cosas son, al fin de cuentas, trasunto de una realidad creadora superior. Machado mira de esta manera a Castilla, llevado de un amor extático, místico, palabra que él gusta de emplear para describir las cosas más puras —de aquí el número de exclamaciones del poema.

Hay otro momento, también de interés para nuestro propósito, en la poesía de Machado, aquel en que mira a las cosas en la lejanía de la ausencia. Me refiero al poema-carta a José María Palacio, escrito desde Baeza a los pocos meses de la muerte de Leonor, su esposa. Las mismas cosas aparecen en el poema, pero están vistas con los ojos del recuerdo, en la forzada ausencia. Dice a su amigo Palacio:

. . . . . .
¿está la primavera
vistiendo ya las ramas de los chopos
del río y los caminos? En la estepa
del alto Duero, Primavera tarda,
¡pero es tan bella y dulce cuando llega! . . .
¿Tienen los viejos olmos
algunas hojas nuevas?
. . . . . .

Hay zarzas florecidas
entre las grises peñas,
y blancas margaritas
entre la fina hierba?
..... Palacio, buen amigo,
tienen ya ruiseñores las riberas?
Con los primeros lirios
y las primeras rosas de las huertas,
en una tarde azul, sube al Espino,
al alto Espino donde está su tierra...

(Ibid., CXXVI)

Los primeros lirios y las primeras rosas, los más delicados, prenda y símbolo de su amor.

¿En qué consiste —nos preguntamos ahora— la aportación literaria de Antonio Machado? ¿Por qué para dar realce a los elementos de paisaje tan sobrio no sigue la moda que busca la metáfora y el adjetivo brillante como finalidad de su arte? En el prólogo a *Campos de Castilla* nos lo ha dicho. Es que se esfuerza porque el lenguaje se le entregue y rinda el máximo de vitalidad en consonancia con el ambiente. Para conseguir esto, se dirige sin rodeos a las cosas. Las retrata con sobriedad, elimina lo superfluo y anota con exactitud sus pormenores. Lo anterior no explica suficientemente el arte machadiano. Creo que lo esencial del mismo se encuentra en cómo las cosas se adentran en su sensibilidad suscitando una vibración, una palpitación honda.[4] Machado se halla atento a esta vibración o reacción psíquica y nos explica sobriamente lo que siente ante el paisaje, las cosas, la vida. Sus reacciones caen sobre nosotros como el fluir del agua, porque su poesía es destilación de meditaciones, expresión de emociones muy íntimas. A Machado no parecen interesarle todas las cosas, ni todos los pormenores de las mismas, sino aquel pormenor o aquel matiz que las hace más espiritualmente

4 "Pensaba yo que el elemento poético no era la palabra por su valor fónico, ni el color, ni la línea, ni un complejo de sensaciones, sino una honda palpitación del espíritu; lo que pone el alma, si es que algo pone, o lo que dice, si es que algo dice, con voz propia, en respuesta animada al contacto del mundo".

(Prólogo de *Soledades*, 1917)

atractivas: primavera humilde, diminutos pegujales, verdes pradillos, montes de violeta, verde sueño del suelo gris y de la parda tierra, ciudad decrépita. No obstante su insignificancia, le han llegado al alma. "¿O acaso estábais dentro de ella?" —se ha preguntado—, admirado de la intensidad de su amor. La manera de ver aquí los objetos parece invertida, pues prefiere fijarse en aquello que todos guardamos siempre presente en lo más recóndito de nuestra intimidad:

. . . . . .
En la desesperanza y en la melancolía
de tu recuerdo, Soria, mi corazón se abreva.
Tierra de alma, toda, hacia la tierra mía,
por los floridos valles, mi corazón te lleva.

(Recuerdos, CXVI, Abril, 1912)

La función de la poesía es hacer ver aquello que por nuestra incapacidad de visión no alcanzamos a percibir; es presentar los objetos, llevándonos de la mano a través de sus distintas perspectivas para al fin brindarnos una conclusión. Esta capacidad del poeta pudiera identificarse con el intuicionismo preconizado por Bergson, el cual permite ver en las cosas aspectos inéditos, dándonos luego la visión de los mismos en forma de mensaje. El poeta explora, o dicho más exactamente, contempla las experiencias que delatan su preocupación ante la vida. Son estas experiencias telar en que la imaginación hace su bordado, su labor. Creo que en este caso sería más exacto todavía emplear la palabra búsqueda, con tal que en ella no se vea, ni aun implícitamente, el aspecto irritante de toda investigación factual o de experimentación física.

En mi opinión, el valor de la poesía soriana de Antonio Machado reside en la manera particular de buscar y recrear su experiencia humana, logrando recoger los diversos, complejos y, a veces raros, estados psíquicos del hombre. Esta búsqueda la persigue con pasión desinteresada y sin caer en actitudes cínicas. Estimo, finalmente, la poesía soriana de Antonio Machado porque en ella pueden sus compatriotas mirar a su país con toda la sencillez, honradez y penetración de que son capaces. A Machado estaba reservado dramatizar

sus intuiciones logrando una feliz, quizás única relación entre idea y lenguaje. En esto conviene con Martín Heidegger cuando enseña que poesía es la palabra auténtica y que el arranque de la obra de arte "des-vela" lo existente. El cosmos presta los materiales a la obra de arte, mas en la obra realizada, en su *hecceidad*, el lenguaje, el mundo y la tierra se unen para des-velar —revelar— lo esencial. El poeta, el artista combina en forma asequible, contrastándolas, las fuerzas brutas y mudas de la naturaleza. Sin su intervención éstas serían sólo masa, montón gregario de cosas, y no llegarían a ser inteligibles. El medio de que se vale el poeta es el lenguaje que ha de manejar combinando sus posibilidades musicales y expresivas. A la limitación impuesta por el lenguaje hay que añadir la circunstancia histórica en que vive el poeta, pues de lo contrario la obra de arte puede carecer de autenticidad. La lealtad a esa situación es otro de los aspectos entrañables de la poesía de Machado.

No sigamos por estos derroteros. La filosofía, la lógica, aunque intenten penetrar en el fenómeno poético, encontrarán siempre dificultades para llegar a su esencia. "... El intelecto no ha cantado jamás, no es su misión. Sirve, no obstante, a la poesía, señalándole el imperativo de su esencialidad".[5]

5 "Poética" en *Poesías completas* (Buenos Aires, 1946), pág. 14.